

EL HERALDO DEL ISTMO

— REVISTA ILUSTRADA —

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

Mujeres

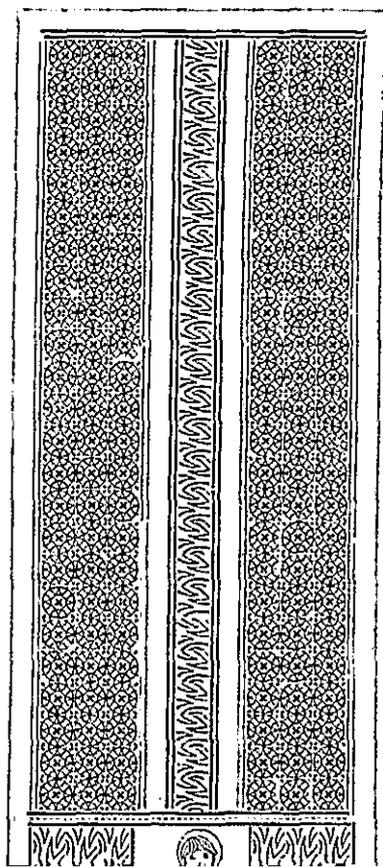
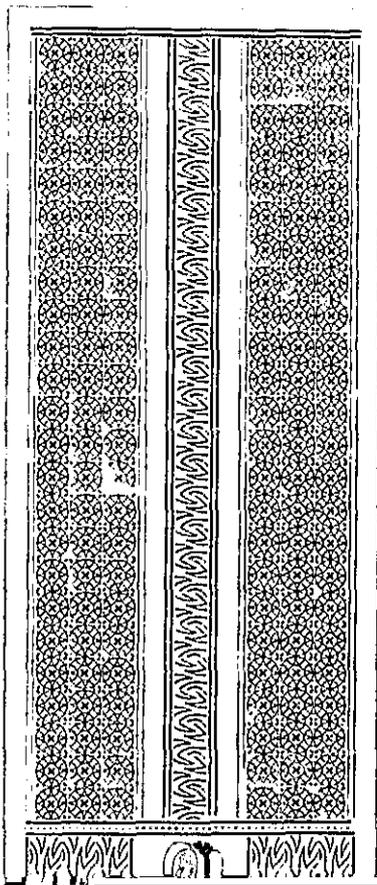
(De D'Annunzio)

Ha habido mujeres serenas
con ojos claros, infinitos
en su mudez cual la llanura
que atraviesa un río de agua pura.

Ha habido mujeres con visos
de oro,
del estío y del fuego rivales,
semejantes
á aquellos trigales
luxuriantes,
que no ha herido la hoz con su diente
pero que arden por dentro con fuego
sideral, bajo un cielo inclemente.

Y mujeres ha habido tan leves
que una sola palabra, una sola
tornólas esclavas
(como suele la diáfana reja
de una copa invertida á una abeja).

Y las hubo de cárdenas manos



Chocano y su libro "Alma América"



ACE algunos días cayó en nuestro poder el hermoso libro de Chocano que, de algún tiempo á esta parte, viene metiendo extraordinario ruido en la prensa de España como en la de las Américas. Además de que, premeditadamente, hemos querido pasar sobre las composiciones que el señor Unamuno, prologuista, juzga con inteligencia, no hemos dispuesto del tiempo necesario para leer todo el libro de Chocano, motivo por el cual nuestro juicio se reducirá al escaso número de poesías que hemos leído á la ligera.

Que José Santos Chocano tiene un gran talento, está demostrado; que su Musa es vigorosa y pujante, lo ve cualquiera que tenga ojos para ver; que ha buscado para sus poesías asuntos que están perfectamente de acuerdo con su manera de decir, fuerte y varonil, es prueba de que posee un tacto digno de aplauso; pero que Chocano se reclina con harta frecuencia en *dolce far niente* sobre sus laureles, es cosa que lamentamos los que le estimamos literariamente.

Para nosotros, Chocano ocupa hoy puesto distinguido entre los poetas americanos de la vanguardia. Se nota en él un poco de la influencia de Lugones, y aunque todavía no ha logrado ponerse á la altura del formidable cincelador argentino, su Musa se desborda en bríos poco comunes y en su variada paleta encuentra su inteligente pincel los brillantes matices que hacen de sus poemas lienzos altamente apreciables, de un colorido exquisito.

En *Ciudad Conquistada*, por ejemplo, Chocano se muestra admirable:

«Vino del mar el grupo de hombres blancos y hermosos; más fuertes que titanes, más altos que cedros, que en la playa, aquel día, surgieron de repente como una visión rara.

Tenía uno en la frente un lucero; otro héroe blandía en la mira la espada; otro, en el pecho, la cruz; otro, en la mano un halcón de nobleza y otro un leopardo pagano; todos vaciados eran como en un molde, todos se entendían al simple contacto de sus codos, todos tenían su alma bajo el mismo cielo y se apretaban como los dedos en un puño.»

Son cuatro pinceladas no más, pero cuatro pinceladas precisas que nos han diseñado un grupo de hombres de leyenda que no nos hablan, ciertamente, pero que empiezan á vivir, que comienzan á moverse con fantástica animación en la vaguedad somnolenta de un boceto prodigioso... Y así es todo el poema: firme, compacto, marmóreo.

La Tierra del Sol llevan por título cuatro sonetos de una sola pieza, graves, serenos y pesados que presentan á Chocano tal cual es. Pero un poco más adelante sonríe *El Ángel*, un hermoso sonetito lleno de luz, de alegría y de una delicadeza femenina, que nos demuestra que Chocano á veces deja la milagrosa brocha del claro oscuro para pintar sobre raso ramilletes que perfuman á una legua, y que son dignos de adornar el busto de una dama hermosa.

Por desgracia, como nosotros dijimos antes, Chocano se duerme sobre sus laureles, y campean en el libro sonetos como *Bravo de Conquistador*, que más valiera si no se hubiera escrito. Chocano descubrió una hermosa idea para terminar el soneto y nos rellenó trece versos y medio, ni más ni menos que pudiera hacerlo un mal salchichero, para descolgárenos luego enfáticamente con el medio verso.

«... que te corten un brazo...»
único que se puede ver en el soneto y que resultaría mejor si no se viera descolgar con alguna rigidez entre tanto vacío.

La Espada del Virrey es otro bonito soneto que retrata el carácter de la Musa de Chocano y que éste, por un descuido injustificable, acabó tan infelizmente con el verso.

«... para poderle dar la enigmática...»

En ese verso no hay hermosura ni delicadeza ni nada que lo haga digno de ser el llamado á cerrar una composición de esa índole. La imaginación de Chocano se encontró fatigada al llegar al dodecimo verso; pero el poeta íncas es impetuoso, debía proseguir, y por acabar la composición *acabó con el soneto*.

Otros tres hermosos sonetos forman la *Indicativa* que del libro hace Chocano á Alfonso XIII. Hablando del segundo de ellos dice el señor Unamuno:

«En una cosa no estoy conforme con Chocano; y es en aquello de

«Oh Rey de las Españas: entrad en mi bosque!... La musa que me inspira sólo es una salvaje que se echará de hinojos ante el poder real. Os tomará la diestra y os besará en el sello y bastará que en cambio, le deis para su cuello apenas una sarta de cuentas de cristal...»

Y el señor Unamuno se funda para no estar de acuerdo con Chocano en que *factas de illas nos han dado*. Pues bien nosotros también estamos en desacuerdo con Chocano, no porque él pida sargas de cuentas de cristal ó cordones ó cruces, que esas son cuestiones suyas; lo que nosotros no halla nos bien en el soneto es que él diga:

«La Musa que me inspira sólo es una salvaje que se echará de hinojos ante el poder real. Os tomará la diestra y os besará en el sello...»

y lo criticamos tanto más cuanto que en el *Prólogo* de Ruben Darío que trae el libro de Chocano, el gran poeta nicaragüense dice, refiriéndose al autor de «Alma América»:

«Trae encendida en vida se palaba potente y concreta el decir de todo un continente!»

Esto ha debido refrenar la fogosidad del poeta íncas; y si él no quería contenerse (por qué no pidió á Darío que rectificara su apreciación para no comprometerlo y con él á las Américas?

Se hace preciso que lo digamos en voz muy alta: la musa americana puede ser una salvaje, muy bien, pero no se echará de hinojos ante ningún poder. Los americanos respiramos hace poco menos de un siglo un aire de libertad y de democracia muy agradable, y si á nosotros nos es altamente simpático Alfonso XIII y si deseamos estrechar su mano como de igual á igual, es porque él, dejando á un lado preocupaciones é ideas ridículas, demuestra bien á las claras que haya más placer en hacer de *chaffour* que en ser Rey.

Chocano por su desmedido amor á España perjudica la América. Hablando del *Mediodía en el Istmo*, dice, por ejemplo:

«En el ensañado de la playa sola, una tortuga abietargada expira y, al redor de un lagarto que se estira, baten cien peces su encorvada cola.»

Creánnos nuestros lectores: somos istmeños y jamás hemos visto en nuestra tierra las tortugas y los lagartos en taa estrecha sociedad con los hombres, como nos los pinta el poeta. Eso será poesía pero, con perdón de Chocano, no es verdad.

Por eso dijimos antes que es preciso levantar nuestra voz para hacer conocer la verdadera condición en que nos encontramos, no sea que de España, donde siempre andan soñando con duendes azules, nos envíen nuevos Corteses ó Pizarros á la reconquista de la América salvaje.

Nosotros felicitamos sinceramente á Chocano por el triunfo alcanzado con «Alma América» y nos permitimos aconsejarle que no se deje arrastrar por su impetuosidad si quiere subir los últimos peldaños de la cumbre.

Al escribir estas líneas no pretendemos encauzar opiniones; sólo deseamos manifestar la nuestra.

LUDOVICO DE NIS.

DE POSTRES

Con tu traje color de chocolate
y con tus cintas de color rapé,
semejas el más bello disparate
de la moda. Tienes cutis de té.

...Y te adoro. Gustas del Aguacate
de Jamaica estando en el Café,
bebiendo junto á mí, que soy tu vate,
pequeños sorbos de *Champagne frappé*

Francamente, como invertida ojera,
surge bajo el candil tu cogotera,
tu rara cogotera de carey

que aprisiona tus crenchas de africana,
cuando miro mondando una manzana
tu bello con mirar de buey...

LUIS C. LOPEZ

A GUILLERMO SHAKESPEARE

PARA EL HERALDO DEL ISTMO

Señor, tengo que hablarte, hazme un favor.
Es que yo voy también con mis tormentas
Como el príncipe aquél de que nos cuentan,
En su viejo palacio de Elsinor.

Tú al hablarme del hombre y del dolor
Me dejaron sin luz las dudas cruenta:
Sácame de estas sombras, voy á tientas,
y no me dejes solo; tengo horror!

Acompáñame ahora en la amargura
De tus libros; en este cementerio
De ilusiones, la ruta hazme saber.

Y si en tu gloria hallaste la ventura
espíritu inmortal dime el misterio
Tenebroso del ser y del no ser!

C. A. 1906

JOSE T. OLIVARES

EN LA PENUMBRA

A la intemperie mi alma. Quién me abuya
quién me da de esperanza algún destello?
Y apuré, con mis fardos de fatiga,
la sed caliginosa del camello

Te ví... pero te ví bajo la oruga
de tu rayal, tu escapulario al cuello,
con el cilicio, que á Satán fastiga,
y la profanación de tu cabello...

Sentí, por el nirvana de tu influjo,
mi espiritualidad.....

Wagner el brujo,

interpretó la dualidad de un treno
en la pequeña nave de la ermita,
donde tú, buena Hermana Carmelita
me hiciste bueno, extraordinariamente bueno...

LUIS C. LOPEZ

En el Circo



AQUELLA tarde opaca, después del paseo en coche al són de la charanga por las calles del poblado, Tony se halló un momento á solas con Estrella detrás de la carpa pequeña en que hacíndolos estaban los animales todos de la compañía: los caballos vigorosos de piel lustrosa y robustas ancas, los monos inteligentes y traviesos, los perros de largo pelo y hocico puntiagudo, los dos osos grises, macho y hembra, y el hermoso elefante Gologó que compartía con el borriquito de pelo manchado las preferencias de los chicleos de la parroquia.

El encuentro de Tony con Estrella no fué casual. El lo venía preparando desde temprano, pero hasta ese momento no le fué posible realizarlo. La mañana, destinada por completo á los ensayos, bajo el ojo severo del padre de Tony, que era el director del circo, no le brindó ocasión propicia. Vino luego el paseo y aunque se esforzó por ir con la muchacha en el mismo coche no se lo permitió su padre y hubo de ocupar, lleno de rabia, un lugar junto al prestidigitador y muy cerca de Grisú, el payaso calvo, que iba al lado de ellos ginete en el borriquito, prodigando sus chistes y muecas con gran contento de la multitud de arrapiezos que adoraba por igual á la bestia y al mimo.

Tony amaba á Estrella desde hacía mucho tiempo, pero no era correspondido y se desesperaba al pensar que una muchacha cuya sola riqueza la completaban una carita de cielo y una belleza adorable, según su modo de pensar, desafiara el amor que le ofrecía el, hijo único del director del circo, un viejo avaro que rodando con su compañía de aquí y de allá, había logrado redondear una fortunilla no despreciable. Pero es lo cierto que Estrella, sin abrigar antipatía por Tony, demostraba á las claras su preferencia, mejor diremos su inmenso cariño por Luvig, otro gimnasta de la compañía, y verdaderamente con sobra de razón. Luvig y ella, huérfanos ambos, se habían criado juntos en el circo de Ferlandini, famoso por muchos años, y juntos habían ingresado, á la muerte del empresario, á la compañía que dirigía el padre de Tony. Por otra parte, en Luvig tuvo siempre Estrella un protector decidido y un consejero sensato, pues aunque joven y de rudimentaria educación era de claro talento y de sana cordura.

Estrella merecía con creces su nombre por su belleza. Ostentaba en su rostro ligeramente ovalado dos ojos negros y brillantes, llenos de misteriosa atracción y velados por sedosas pestañas; una nariz de corte clásico, y una boca pequeñita de rojos labios que convidaban al beso. El cutis de su rostro, blanco con tintes rosados y cubierto de menudísimo vello, semejaba por su tersura la piel de una poma en perfecta madurez. Un talle aroso, brazos torneados y curvaturas finas y firmes completaban el conjunto harmónico y hacían de Estrella el tesoro más preciado del circo, gracias al cual fácil era vender todas las localidades en noches de función, cosa que no dejaba de agradar al viejo director quien demostraba su contento frotándose las manos y dando guiñaditas de ojo á las mujeres y palmaditas amistosas á los hombres.

Dijimos al principio que Tony detuvo á Estrella detrás de la carpa destinada á los animales. La muchacha, alegre y vivaracha siempre, se inmuto desde luego, conocedora de lo que el reclamo de Tony significaba y asustada por la manera como la miraba, con ojos de fiebre, ojos que son como volcanes por donde brotan los fuegos del alma. Y él le habló largamente, con voz sorda, con frases cortadas, repitiendo ciertas palabras y aún oraciones enteras dos y tres veces, de su pasión, de sus celos, de su anhelo de hacerla su esposa, y aún aventuró decir algo de su odio á Luvig, inquietando con esto á la muchacha que lo escuchó

en silencio hasta el fin y luego con voz firme dijo á Tony lo que otras veces ya: que no podía amarlo nunca, que sería su amiga como hasta ese momento, y que hacía mal en odiar á Luvig quien poco había hecho por conquistarse ese odio. Y como Tony tratara de abrazarla, ligera como gacela huyó de su lado.

Pensativa además subió á un coche de punto y se dirigió á la hostería, á comer rápidamente para estar á tiempo en el circo. Sobrecogíala y con razón el temor de un choque entre los dos hombres, cuyos caracteres lo eran bien conocidos. Tony, exaltado, brusco, de pasiones terribles, propenso á los arrebatos de cólera y á las exageraciones, impulsivo y terco, era capaz de provocar una riña á Luvig, que á pesar de su amabilidad extremada, de su bondad y de su eterna sonrisa, tenía la fuerza de un Hércules y el valor de un Juan sin miedo.

Tanto llegó á preocuparla este temor que por un momento estuvo tentada del deseo de confesar á su amado lo sucedido con Tony, pero vaciló en hacerlo suponiendo que esto tal vez precipitara una ruptura. Mucho mejor le pareció callar y esperar. Sólo faltaban unos pocos días para que su contrato y el de Luvig finalizaran y no tenían pensado renovarlo. Económicos ambos, conservaban algunos ahorros y pensaban trabajar con ellos, pues á pesar de su vida vagabunda les sobró tiempo para aprender oficios más tranquilos que el de volatineros. Luvig no deseaba que Estrella trabajase más en el circo una vez casados, y aunque ella tenía mucho cariño á la vida que llevaba, mayor aún lo tenía á Luvig cuyos deseos eran órdenes que cumplía sumisa y gustosa, contenta con dejarlo satisfecho, y ansiando por toda recompensa sus caricias. Y mientras pensaba en estas y otras cosas, llegó al fondo en donde Luvig la esperaba inquieto por su tardanza.

Tony quedó por su parte furioso. Hervía en su cerebro una tempestad horrible. Y como sabía al dedillo los proyectos de los amantes que Luvig ingenuamente le confiara, su desesperación era inmensa, sangrientos pensamientos cruzaron por su mente oscurecida y cabizbajo, sombrío, ceñudo, permaneció inmóvil en el mismo sitio largo rato.

La tarde en tanto se iba rápidamente en una fuga vergonzosa de la poca luz que había mostrado. Vino el crepúsculo en breve, un crepúsculo gris, sin gradaciones, corto y triste. Había llovido todo el día—una de esas lluvias impertinentes que caen silenciosas sin resolverse nunca en aguaceros torrenciales—y estaba húmedo el suelo y húmedo el ambiente. Se levantaba una ligera neblina y á través de ella, las luces que comenzaban á encenderse adquirían una tonalidad de tristeza inconsolable. Escasos transeúntes cruzaban por las aceras, mientras los muchachos voceaban entre ratos los periódicos de la tarde. Y parecía á Tony aquel crepúsculo de una decoración fúnebre, y comparó con amargura la desolación de su alma con la de la naturaleza y halló aquella más honda y más intensa.

No quiso ir á comer y se metió en la carpa de vestuario á esperar el comienzo de la función y la llegada de Estrella. Debían trabajar en la segunda parte de la función los dos y Luvig, en una suerte ideada por el padre de Tony, que agradaba sobremanera al público por lo arriesgada y difícil. Se trataba nada menos de formar por los dos hombres, colgados de las corvas en trapecios cercanos un nuevo trapecio con los brazos unidos, en el cual Estrella ejecutaba prodigios de agilidad. La suerte como se comprendía era arriesgadísima, sobre todo para la muchacha, pues si cedía alguno de los hombres descendería de una altura de 30 metros, con peligro inminente de su vida. Sin embargo, ya hacía algún tiempo que venían ejecutándola con regularidad y sin temor ninguno, pues los tres eran buenos gimnastas y los hombres por su parte muy fuertes.

Estrella llegó al circo retrasada esa noche.

Sentíase disgustada y de buena gana no hubiera trabajado. Venía del brazo de Luvig, que de una vez pasó á cambiarse, pues trabajaba en seguida en la cuerda floja. Estrella se sentó en un ángulo, sin fijarse en Tony y se puso á contemplar el hemicírculo, en que los monos sabios preparaban la cuerda. Estaba el circo lleno por completo. La multitud se apiñaba en las galerías, lunetas y palcos, y su aspecto abigarrado, bajo la luz trémula de los grandes mecheros de resina, era atractivo. Reían las mujeres y se abanicaban ligeramente más por coquetería que á causa del calor que reinaba; charlaban y fumaban los hombres y los chiquillos silbaban y gritaban de una manera infernal.

Y salió Luvig y trabajó en la cuerda con maestría, mereciendo una salva de aplausos del público, un amoroso apretón de manos de Estrella y una mirada furiosa de Tony que en su rincón se mordió los labios hasta hacérselos sangre.

Vino luego el prestidigitador, y después siguieron el hombre de las argollas, Grisú y Gologó, el director y los caballos, y por fin llegaron los quince minutos de intermedio al cabo de los cuales, Tony, Estrella y Luvig, ejecutarían la suerte llamada el *Trapeio de la Muerte*, de que antes hemos dado idea.

Tony no se enteró de lo que pasaba á su alrededor. Sumergido en sus meditaciones, perseguido por una idea fija, no observó nada ni supo de nada, hasta que su padre lo hizo levantar para que fuera á vestir su hermoso traje negro con lentejuelas doradas.

Así lo hizo, y al concluir salió con Estrella y Luvig. La multitud los recibió con una salva de aplausos nutridos. Iba la muchacha en medio de los dos varones, y llevaba recogida en la nuca su opulenta cabellera; vestía un traje rosado con adornos de plata que solo le llegaba á las rodillas y dejaba al descubierto la blancura esplendente de su cuello y hombros, y la vigorosa plasticidad de sus brazos. Las piernas cubiertas por medias de seda rosada que subían hasta perderse tras los encajes del calzón azul, también de seda, eran de una perfectibilidad estatuaria, y mostraban la curva más armoniosa que los ojos de los asistentes hubieran contemplado. Tony como dijimos vestía de negro con lentejuelas doradas; era vigoroso, membrudo y de facciones de una belleza ruda. Luvig vestía un traje color naranja. Agil y nervioso, su mirada, como la de un águila relampagueaba de continuo; su cara demostraba á la vez la bondad y la fuerza y de su persona se desprendía una corriente simpática que hacía suyos á los espectadores.

La charanga tocó una piececita de aires melancólicos y de ritmo lento, de esas que se acostumbra en todos los espectáculos semejantes. Los dos hombres saludaron y luego asiéndose á la cuerda colgante subieron á los trapecios. Primero Tony y luego Luvig. Una vez allá arriba comenzaron á ejecutar multitud de suertes variadas, mientras la muchacha permanecía abajo contemplándolos. Después de un rato, cesaron en sus ejercicios y permanecieron quietos, como tomando nuevos bríos. La música cesó, y entre la general expectación Estrella comenzó á ascender por la cuerda.

Desde este momento quedó la atención general puesta en ella. Estaba todo en silencio, un silencio profundo en que se sentía el débil crujir de la cuerda porque ascendía Estrella y el suave chisporrotear de la resina al incendiarse. Y las miradas seguían sus movimientos y todos la vieron ágil y gallarda subir, mientras los hombres colgados de sus trapecios y uniendo los brazos fuertemente aguardaban su llegada.

La muchacha soltó la cuerda de pronto, se prendió del cuerpo de Luvig, y en seguida, lanzando un beso á la concurrencia comenzó á hacer prodigios en aquel trapecio de carne. Cada uno de aquellos era recibido con una salva de aplausos y la multitud no sabía qué admirar

más, si la fortaleza de los hombres ó el valor de la muchacha. Estos ejercicios desde luego duraban muy poco, debido á la posición de Tony y de Luvig, que hacía se les agrupara la sangre á la cabeza, y terminaban generalmente colgándose Estrella de la punta de un pié, que era de todo tal vez lo más peligroso.

Hízolo así, esta vez como otras, y ya en esa posición lanzó un nuevo beso á los espectadores que correspondieron con una salva de aplausos. Pero de pronto, pasando en un solo instante del entusiasmo al terror, un grito se escapó de todas las bocas, al mirar á Estrella descender con rapidez vertiginosa y caer sobre la arena del hemiciclo. Las mujeres horrorizadas escondieron el rostro para no ver el espectáculo y muchas se desmayaron; algunos chiquillos lloraban; gritaban otros y un buen número quedó en suspenso por el miedo. Los hombres todos, presa de estupor, se lanzaron al centro, pero llegaron tarde y solo pudieron rodear un cadáver. Estrella, la hermosa Estrella, la que un minuto antes era la admiración de todos, la que envidiaban por su belleza las mujeres y deseaban los hombres, yacía sin vida. Como cayó de cabeza el golpe fué en la nuca y la muerte instantánea, sin un grito, ni una queja, ni un suspiro siquiera. Estaba sin color y descajada, como mostrando que aunque breve, había sido terrible el tránsito de la vida á la muerte. Tenía las manos crispadas y los ojos cerrados; la cabellera antes recogida estaba suelta, y había en su rostro una expresión indefinible de espanto y de dolor, como si hubiera comprendido lo eterno de su partida en un instante. Y á pesar de todo, resaltaba entre lo trágico su belleza, como flor divina que no agosta el sol ni marchita la ventisca.

Esta escena aterrorizó de tal modo á los espectadores, que no tenían atención para otra cosa, en el primer momento, que no fuera el cadáver de Estrella. Así, sólo al cabo de unos cuantos minutos recordaron á los dos hombres,

entre los cuales, allá en lo alto, se había desarrollando una nueva escena del sangriento drama aún no concluido.

Al caer Estrella, Luvig se incorporó en seguida y comprendió en un minuto lo sucedido con solo ver la cara terrible de Tony. Este había hecho un pequeño movimiento suficiente para que se desprendiera la pobrecilla y vino la catástrofe. La sorda tempestad de su pecho había estallado al fin y sus sentimientos groseros lo impulsaron al crimen, solución única que alcanzaba para su pasión fatal. Y luego, se enderezó hasta quedar sentado en el trapecio, lanzando miradas de odio sobre Luvig, que dando un terrible salto se lanzó sobre él.

Tony se afianzó en el trapecio é intentó levantarse pero no tuvo tiempo. Su rival esta-

ba ya encima de él, sujeto á las cuerdas del trapecio y á la barra de éste, y apenas si tuvo tiempo le defenderse. El duelo fué corto, sordo, terrible. Imaginaos dos hombres furiosos luchando en un trapecio á treinta piés de altura, llenos de coraje, de odio y de dolor. Ya no son dos humanos; son dos bestias salvajes, perdida toda noción, olvidados de todo, atentos únicamente á la satisfacción de un deseo, con el pelo alborotado, la faz espantosamente transformada, los dientes apretados, fulminando rayos los ojos. Tales los dos rivales.

Pero la lucha fué muy corta. Aunque Tony era fuerte no pudo resistir el ataque de Luvig que le quebrantaba los huesos, y que lo fué doblegando poco á poco, fatigando, venciendo, hasta que cuando lo vió ya rendido lo alzó como una pelota y lo lanzó al espacio, á estrellarse contra las galerías que todas quedaban salpicadas de sangre, entre los gritos y lloros de las mujeres y las voces de los hombres.

Y luego que el amante cumplió su deber y vió muerto al asesino de su novia, se acordó de ella, miró hacia abajo, y la vió pálida, yerta, inmóvil, acostada en la arena, y se le representó toda la magnitud de su desgracia, tuvo asco á la vida, que no ofrecía seguridades ni á los buenos ni á los amados, á quienes no podía salvar todo el cariño que inspiraban y creyó justo abrir de un vuelo las puertas del misterio, salvando su espíritu del horror y del dolor.

Y una vez resuelto el viaje largo, antes de que pudieran llegar á él los compañeros que subían á evitar nuevas catástrofes y mientras dividían la atención por igual los dos cadáveres, se lanzó al espacio por seguir las huellas de su amada, y para no separarse de ella en la muerte ya que habían estado siempre unidos en la vida.

ANDRÉS MATA.

GUILLELMO ANDREVE.

ALMA Y PAISAJE

De *Arias sentimentales*

Debajo de los árboles... Ninguna
Pena que inquiete el pensamiento mío.
Por cima de los árboles: la luna;
Debajo de los árboles: el río.

Abro mi corazón... Leo, y confío
En la gloria, en el bien, en la fortuna.
Habla de amor, al discurrir, el río;
Habla de amor, al esplendor, la luna.

Quieted y soledad... Nada importuna
La comunión del pensamiento mío
Con el bien y la gloria y la fortuna...

Bajo el ramaje trémulo y sombrío
Sueña un hilo de oro de la luna
Sobre el silencio diáfano del río.

RENAN



RENAN más que un filósofo, es el poeta de la filosofía. Su poesía está en la dolorosa ingenuidad con que él gusta de decir las cosas. Cuando Voltaire se burla, y Spinosa niega y Federico Nietzsche impreca, Renan sonríe únicamente con una sonrisa que es casi una queja contra la Vida. "Quisiera creer—dice el maestro—pero no puedo. Y esta es mi mayor tristeza." Puede darse excepticismo más candoroso y más espantoso? Renan vierte la amargura como un niño dispara un revólver, ingenuamente, inocentemente. Su sinceridad es más amarga porque está despojada de malicia. Con la honda obsesión de la verdad cuenta el maestro de la *Vida de Jesús* el proceso íntimo de sus pensamientos con tal naturalidad, por manera tan sencilla que llega á encantar y muchas veces á espantar.

Renan es eminentemente místico. Hasta su misma negación es devota, en el sentido mundano del vocablo. Su excepticismo, el mismo de San Agustín, "la luz de los doctores", cuando dice "el mundo está movido por dos resortes: la vanidad y la lujuria." En las páginas adorables, de la *Vida de Jesús* vaga todo este agudo excepticismo, un excepticismo suave, casi dulce, á veces lloroso de no creer, porque Renan lleva la lealtad de sus sensaciones hasta confesarse resentido ante el Destino, por no tener fé en la palabra católica, la misma que pronunciaron de rodillas sus abuelos, ante la efigie del pálido Rabí de las colinas galileas.

A través de la obra de todos los grandes misántropos, desde Sócrates hasta Hegel se advierte la influencia del medio sobre la creencia del individuo. Son los formidables reaccionarios. En Renán nada vemos que no venga del corazón mismo, nada aspiramos que no tenga un olor de justicia evangélica

Cuando todos formulan un gesto á veces demasiado violento para negar, el maestro de San Sulpicio la expresa sin inmutarse, con la fantil candidez, como un tanto enojado de que *aquello* no existiera cuando según él "debía" existir.

Así como un niño dice las cosas, así Renan; por ello la impresión de su duda parece menos pero es más intensa que las de los demás. Spinosa, por ejemplo, expone la teoría de los átomos demasiado triste, Flamarón expone la teoría de los espíritus demasiado piadosa. Renan no expone ninguna por que ve en la teoría secular del Catolicismo una enorme nada. No la combate, pero la cuenta, va á sus orígenes, hurga sus archivos, analiza sus hechos lleno del más nobilísimo espíritu de honradez y luego, cuando no halla nada de verdad, cuando ve que todo es incierto, se vuelve, lívido por el desengaño para decirnos: "Nada existe, nada hay más allá de la existencia, nada. Todo es símbolo misericordioso y lírica caritativa de bondad. Creamos en ello, nada existe, pero debemos creer, alcemos un algo; una ilusión al final de la vida para no ir dando tumbos por el camino."

Y luego solloza ante su fe perdida. Como un novio, lleva rosas á la tumba de su muerta prometida, la Esperanza. Enseñándonos el yermo nos hace plantar un lirio de piedad. En la desolación de la nada pone un canto de pájaro, en la cosecha perdida de las creencias gusta de poner, como un miraje de indulgencia el oro pálido de una espiga. Tras cada lágrima él mismo nos dice que hay una alegría. "Tengamos fé en nosotros mismos, en la naturaleza, cumplamos cada uno su misión humana. No perpetremos en ninguno el homicidio de una creencia. Y amemos siempre el símbolo divino que no existe, pero que es bueno que exista para la felicidad humana."

"Para las almas devotas dice en otro libro Renan que me creen sincero y saben cuanto he llorado y lloro mi fe perdida, quisiera trazar algunas páginas del alma cristiana que aún respira en mi cuerpo y poder entrar al seno de la Iglesia bajo una pasta de marroquí negro."

Renan es el filósofo de las almas que perdida para siempre la inefable fe de los mayores, busca, ya en posesión de la Verdad, una quimera amable que ponga una sonrisa de ensueño sobre la tristeza de la realidad, tal como ciertas flores de uncioso perfume que se abren al sol sobre las ruinas de la casa paterna.

Lírica, la fe de Renan es flor de invierno. Cuando le es aciaga la Suerte gusta de ir hacia la misericordia de las grandes frases místicas, hacia la quietud de las tranquilas catequesis, hacia la impresión suave y profunda de su fe desaparecida que hace ese su gran estilo, el maravilloso estilo de Ernesto Renan, bello y sutil á ratos, como un trino de ruiseñor, grave y sentido en veces, como una canción hebrea.

Es ésta mi concepción sobre el melancólico profesor de San Sulpicio. Acaso porque en mí hay mucho de él, acaso porque sin fe, pero con íntima veneración, gusto del arte que se desprende, poderoso y conmovido, de la religión del Crucificado, divino por el genio y la bondad, amo á Ernesto Renan, ese fino y sabio Renan que contra nada se encarnaiza, porque en todo saluda un símbolo de nuestros padres intelectuales: ese hombrucito de rostro benedictino que gusta de negar las cosas divinas con una unción monacal muy bondadosa y que al mismo tiempo besa el manto azul de la Virgen María con una sencilla ingenuidad que hace reír y hacer llorar.

EMILIANO HERNANDEZ.

Ante un Reloj



SIN saberlo tú, has venido á arrebatarme casi por completo mis antiguas creencias religiosas; has venido á hacer más sombría y más hondas las dudas que flotan en el ya opaco horizonte de mi vida.

Cuando adolescente, jamás pensé en la eternidad.

Después... educado en medio del elogio de ardiente fanatismo católico, pensé en ella, y la temí.

Hoy que el peso de los años comienza á agobiarme, que voy viendo próximo el día de hundirme en el océano de los grandes arcanos, me encierro dentro de mí mismo, y me pregunto ansioso: "¿Hay en nuestro ser un espíritu inteligente é infinito que nos anima? ¿Hay algo que sobrevive á este miserable cuerpo, que con siniestra fuerza nos lleva ciego de precipicio en precipicio? ¿Somos deleznable casco de barro ó espíritu inmortal, que cruce por todos los siglos los augustos dominios de Dios?"

¿Qué dices tú de mis rebeldías y mis dudas ¡oh hermoso pájaro azul? (*)

¡Ah! te veo cada día, hora tras hora, abrir las puertas de tu dorado palacio, desplegar suavemente tus alas, y cantar; y tu canto, alegre para unos, triste para otros, es para mí el eco de una voz misteriosa, que me dice con ternura: "piensa y medita."

¿Y quién que te vea ¡oh pájaro amigo! no dirá que eres tú el alma de esa complicada máquina, que mide con acompasado ritmo los instantes que se van?

Y sin embargo, no eres más que materia, la misma materia que parece animar.

Y mi espíritu que piensa y siente, no será también el pájaro azul de este asombroso organismo humano? El pensar y el sentir, no serán en suma combinaciones de materia?

Sonaron las doce de la noche... cantó otra vez el pájaro, y entre dormido y despierto, es-

(*) Anuncia las horas un pájaro azul.

A mi querida amiga, doña Amelia Denis de Icaza.

cuché una voz, como de ultratumba, que me decía: "Vuestra alma, y el alma de los brutos, y el alma de las plantas, no son más que imperceptibles átomos de la grande alma universal: piensa y medita."

Y desde entonces, en mis horas de soledad, con el espíritu fatigado por la duda, y los ojos puestos en el cielo, pienso y medito.

¿Llegará por fin el día, en que me abisme y me deleite en la contemplación de la Belleza Infinita? O, por el contrario, quebrada la arcilla, muerta la luz del pensamiento, ¿me hundiré en los abismos de la nada, como la piedra que se rompe, como la ola fugitiva que muere al besar la playa?

Guardé silencio, pensé, medité... pero volví á oír la voz que me repetía: "Vuestra alma y el alma de los brutos, y el alma de las plantas, no son más que imperceptibles átomos de la grande alma universal: piensa y medita."

No bien se extinguió el eco de aquella voz, cuando algo desconocido agitó mis nervios. Saqué la cabeza soñolienta, abrí los pesados párpados, y ví en sueños la imagen de mi padre, que dulcemente me decía: "Tu alma, hijo mío, es efuvio purísimo del cielo, fulgente rayo de impalpable luz; es aroma que se desprende de la divina esencia: cree y espera."

Y desde aquel instante, cuando mis viejas creencias se escapan como las últimas luces del sol; cuando la duda nos asecha y me muerde, vuelvo en sueños á ver la imagen de mi padre, que me dice: "Cree y espera," y tímido y pensativo, confío y espero.

Más ¿cuándo, Dios mío, caerá la venda que me ciega? ¿Será el alma consoladora verdadera, ó será una mentira, un delirio de la muerte apasionada?

Descorre el velo que oculta tus obras; rasga el misterio impenetrable de la creación, y habla, de rodillas te escucho; pero, señor, no calles, habla, habla.

MARIANO BARRETO.

de ensueño ó un motivo de atracción. Y siempre es el alma amante en el cuerpo amoroso, que vibra al soplo del armonioso viento. Dice todo lo que ve y todo lo que siente. Se siente amada y lamenta el paso del tiempo, porque con él se irán su juventud y su sed de amor.

Pourtant tu t'en iras un jour de moi, jeunesse. Tu t'en iras, tenant l'Amour entre tres bras. Je souffrirai, je pleurerai, tu t'en iras, Jusqu'a ce que plus rien de toi ne m'apparaisse.

Ronsard se consolaba con ser leído á la chandelle por la amada envejecida; y Ronsard—¡hay distancia!—dijo la misma cosa en un soneto á la famosa Ratazzi. La musa, cuyos versos celebro, desea "ser amada después de la muerte", y dice.

Et qu'un jeune homme alors, lisant ce que j'écris, Sentant par moi son coeur emu, troublé, surpris, Ayant tout oublié des compagnes réelles, M'accueille dans son ame et me préfère á elles

Hay un admirable estudio del conde Robert de Montesquiou-Fezensac sobre los inconvenientes de los nobles y grandes señores que se dedican á asuntos artísticos ó literarios. Tienen, desde luego, la oposición de las gentes de su casta, que no son por lo general muy dadas á cosas del espíritu, desde los tiempos en que la nobleza ostentaba como un lujo la ignorancia. Los artistas, por su lado, no los acogen sino con cierta hostilidad, quizá consecuencia de la antigua humillación del mecanismo. La clase poderosa, que ve la superioridad intelectual como una fuerza que no posee, opone su indiferencia ó su desdén. Son dos elementos contrarios, difíciles de unir, sin llegar á las utopías de Rebell. El público, á su vez, acoge casi siempre la producción del autor blasonado—en nuestros países el rico autor—como labor de dilettante, como ocio de aficionado. En muchos casos hay gran razón, pero suele haber injusticia. En cuanto á la dama, á la mujer de alcurnia, que se atreve á tales empresas, las dificultades suelen ser mayores. La sostenida inferioridad ancestral, la ligereza, las preocupaciones mundanas, la maledicencia, la social inveterada hipocresía, el *flirt* moderno, las atenciones de la moda, las influencias religiosas y la agresividad intelectual masculina se presentan ante las tentativas de una vocación. Se necesita ser una voluntad, un carácter, para oponerse á todo eso, para luchar y para vencer. En todas partes del mundo ha habido y hay las brillantes excepciones que confirman la regla. No me refiero, de ningún modo, á las agitadas y sonoras *viragos* del feminismo militante.

Sin pretender de ninguna manera sostener la vieja cuestión teológica, yo no creo en la igualdad espiritual del hombre y de la mujer. Obsérvese que no hablo de inferioridad, sino de igualdad. La Naturaleza es la sabia ordenadora, y tiene sus leyes absolutas; en este caso la ley se llama fisiología. No insistiré en el tema, que nos llevaría á puntos delicados que conocen mis lectores y que han sido y son muy tratados científica y cómicamente. Creo, sin embargo, en que, así como hay hombres de alma femenina, hay mujeres de alma é inteligencia masculina.

¿Decir verdad, no es simpático el tipo de la literata, de la mar-sabidilla, de la cultilatiniparla de nuestro tiempo. Ni la de tiempo alguno. En todo caso, quedémonos con las cortezanas artistas de la antigüedad, con las sutiles inspiradas de todos los tiempos, pero en ningún caso con lo que significa la palabra española marimacho. Cuando se toca de cerca la cuestión doméstica, seamos más explícitos, y digamos con el excelente Chrisale:

J'aime bien mieux pour moi qu'en épluchant des herbes, Elle accommode mal les noms avec les verbes, Et redise cent fois un bas et méchant mot, Que de bruler ma viande ou salir trop pot, Je vis de bonne soupe et non de beau langage.

Sería, es indudable, mucho mejor tener ambas cosas, buen lenguaje y buena sopa. No solo de pan vive el hombre. Podría argüirse que las bellas y honestas damas que se dedican á la literatura, están rodeadas de los esplendo-

A propósito de Mme. de Noailles



ACABO de cerrar el libro de versos que ha publicado una alta dama francesa, la condesa Mathieu de Noailles. Se titula *L'Ombre des jours*, y viene después de otro: *Coeur innombrable*. Este flordelisado volumen de cosas bonitas, tiernas, melancólicas, femeninas, es un libro de mujer moderna con alma antigua. La condesa de Noailles re.ou illa con la literatura de cabellos largos, del sexo vilipendiado intelectualmente por Schopenhauer. No recuerdo si M. Han Ryner, en su "masacre" de Amazonas, ha escaldado también esta preciosa cabeza; si lo ha hecho, no le será perdonado; pues el mismo Barbey, condestable feroz ante una media azul, encontraría que las que ahora me ocupan son de color de rosa—á menos que no fuese la fina piel de una ninfa, libre de toda malla, húmeda aun de su preferida fuente.

La condesa de Noailles no es una *bashlev*. Es una bella flor humana llena de mental esencia, que se exterioriza en formas de armonía. Es una rara perla perfumada, como las del mar de Ormuz. Es una aparición de figura poética y legendaria, en pleno París del siglo XX. Es una joven exquisita, de veinte años, divina de frescura y gracia, que demuestra simplemente que se puede tener un nombre ilustre, un marido, un automóvil, vestirse en la calle de la Paix y poner su alma cantante y soñadora en las alas de los versos. Nada tiene que ver esa sacerdotisa apolínea, ó pánica, con los pantalones del feminismo. Ella vaga en los bosques,

comunicando, ronsardizando como antaño, en la libertad de su naturaleza:

Car dans ce temps, haute et paisible
La Nature, ses bois, ses eaux,
N'avaient pas cette ame sensible
Qui plus tard fit pleurer Rousseau.

Lelianiza también; pues no teme acercarse desde su morada heráldica á coger las flores sinceras y modernísimas del pobre Lelián. ¡Una dama aristocrática, honorable, adorable, que frecuenta á Verlaine! ¿Qué dirían entre nosotros, y en otras partes, los que solamente ven del desdichado fauno, la máscara socrática y la repugnante ebriedad? La condesa de Noailles es verlainiana en su sencilla delicadeza. El encanto natural, la comunicación secreta é íntima con el Universo, de manera que el espíritu propio se confunda con el espíritu del mundo, la conciencia de que nuestra voz es una unidad individual en la voz total infinita, y que nuestro minúsculo espejo interior es en realidad tan vasto que en él se mira todo lo que existe, hacen que del jardín lírico de esta singular poetisa vuelen al azul muy maravillosas alondras. Ella canta á Priapo, dios de los jardines; y la ignorancia tiembla creyendo renovada la oda de Pirrón. Canta la eternamente nueva canción de las florestas primaverales, de los frescos verjeles, de las flores recién nacidas, de los nidos, de la hermosura melódica de un momento natutino; y la gloria y la alegría de amar, razón y triunfo inmenso de la vida. Y se singulariza en la campaña francesa, en las ciudades y aldeas de su patria, en donde encuentra una revelación

res de la fortuna, y por lo tanto no tienen nada que ver con los puntos de media y con las cacerolas. Al contrario, toda verdadera alta dama de antaño como de ahora, se conoce en esto; en que no por el cuidado de su belleza y por la distinción de su jerarquía, ha dejado en abandono el capítulo importante y clásico de los asuntos caseros, desde la reina Penélope hasta la reina Victoria. Y luego, se puede escribir el *Heptameron* y hacer los ricos platos de dulce que sabía confeccionar la Margarita de las Margaritas. Hay una larga serie de madamas que han dejado muy buenas obras y que han sido muy hacendosas. Se habla de la sopa de coles de Mme. Ducier, una sopa famosa, aunque no tanto como la traducción de Homero de esa misma señora. La Scudery, la de Deshouillers, la de Genlis, la de Maintenon, la de Sevigné, la de Stael, muy plausibles mujeres de su casa. Les faltaría ortografía á algunas, pero orden doméstico, economía y ojo listo, eso no.

Lo que no es aceptable son las ridículas impertinentes, las excesivas Filamintas, las que se deleitan con Trissotin y quieren abrazar á Vadius por amor del griego. Hoy no hay muchas de éstas, dado que el griego hay muy pocos Vadius que lo sepan. Pero hay la *snob*, la decadente, la wagnerista, la partidaria del amor libre, la Eva nueva, la doctora escandinava ibseniana y la estudiante rusa que tira balazos. Confieso que prefiero las preciosas, que me quedo con Filaminta, con Belisa y con Armanda.

No hay en Francia la cantidad de *autoresses* que en Inglaterra y los Estados Unidos; pero hay una gran cantidad de mujeres que escriben, autoras de libros científicos, sabias como Clémence de Royer, que ha muerto hace poco, periodistas valientes y ágiles, novelistas, poetisas, fuera de las grandes damas que hacen política, y conservan los pocos, los raros salones semejantes á los que antes tuviera una madame de Girardin, ó, más recientemente, Mme. Adam.

Unas cuantas personalidades se destacan en el copioso grupo. Cierta revista muy mundana—*Pemina*—ha propuesto como tema de un concurso, á sus suscriptoras, la elección de una Academia de mujeres francesas, paralela á la de los cuarenta. Hace algunos años esa misma cuestión fué de actualidad, y se hizo una lista de las que resultaron elegidas en plebiscito: Mmes. Edmond Adam, Marie-Anne de Bovet, condesa Colonna, Jeanne Chauvin, Judith Cladel, Alfonso Daudet, Dieulafoy, Judith Gautier, M. L. Gagneur, Eugéne Garcin, Henry Greville, Gyp, Manoel de Grandfor, Robert Halt, Paulina Kergomard, Leconte de Noy, Jean Laurenty, Nelly Lieutieur, Daniel Lesneur; Max Lyan, Jeanne Mayret, Héctor Malot, Michelet. Marni, Luisa Michel, María Man-

geret, Mesureur, Mendés, María L. Néron, de Poyrebrune, Rachilde, Rostand, Clémence Royer, Ratazzi, G. Rénard, Mary Summer, Séverine, Simone Arnoux, Marcel Tinayre, Vincens. Algunas de ellas han muerto, pero los huecos podrían llenarse. Solamente si tal Academia llegase á realizarse, sería uno de los mayores triunfos del ridículo en la historia de las ocurrencias humanas. Ya hay bastante con el que ha caído durante tanto tiempo sobre la de "inmortales" varones. Entre todos esos nombres los hay dignos de la mayor estimación y aun admiración; y los hay medianos y casi desconocidos. No puede haber parangón alguno entre, por ejemplo, Judith Gautier y la señora Tinayre. ¡Así su cede bajo la cúpula!

Las cabezas femeninas que más brillan, son, ante todo, las de esas dos admirables luchadoras que van á la acción, que ponen voluntad y talento al servicio del bien, la ardorosa Luisa Michel, ó la pacificadora *Severine*. Luego vienen las de puro intelecto, las imaginativas y ultrapensantes; en un exceso de vitalidad y de fuerza, esa rara Mme. Vallois, ó sea *Rachilde* aparece como el cerebro femenino más complicado y vigoroso, no sólo de su siglo, sino de todos los siglos. Hace unos diez años, escribía yo de ella un retrato, en que mis entusiasmos de entonces iban hacia la parte extrañamente diabólica y misteriosamente pecadora de su obra. Hoy, con mayor reflexión, no veo ya la escritora sadista. —*Sole toujours*,—á la juglaresa incendiaria, sino á la sesuda y terrible filósofa, á la formidable seductora, á la Sybilla de la anarquía, cuyas ideas, hoy manifestadas en nuevas novelas, ó en críticas singulares, se puede no seguir, pero no se puede dejar de admirar.

Después están las estudiosas, como Lucía Félix Faure; las "maestras," como Judith Gautier. Y luego las musas, para coronar el pensamiento femenino francés. La deliciosa señora del doctor Mardrus, nacida entre la obra hermética y mágica de Mallarmé y los cuentos árabes que su marido ha vertido, esas *Mil noches y una noche*, de los que parece emergida. La señora de Rostand, que dicen que tiene más talento que el autor de *Cyrano*; la señora de Mendes, ella, que hace versos hechiceros, y que antes se llamaba Claire Cidoine; y algunas otras que no nombro. Pero ¿cómo olvidar el talento especial de esa temible *Gyp*? Hay, por último una novelista de actualidad, alabada por los periódicos, y que es bella, muy bella; me refiero á Jeanne de la Vaudère. Aseguran que sus libros se venden mucho y que está de moda en los salones. No hay nada más intencionalmente obsceno, ni más desprovisto de arte, que las lucubraciones de esta distinguida joven de letras.

RUBÉN DARÍO.

Belisario Arango

La vida está llena de dolorosas sorpresas. Cada día recibimos de ella un nuevo desengaño y un nuevo dolor, y así la experiencia que adquirimos es cruel y triste: cruel como los adioses de los moribundos y triste como las canas que blanquean las cabezas venerables.

Como arbustos que el huracán derriba caemos los hombres al toque de la Muerte. Y nuestros afanes, nuestras alegrías, lo que fuimos y lo que sufrimos, se hunden con nuestros sueños y nuestras esperanzas en la tumba, terrible puerta de lo desconocido en cuyo frontis vendría bien la amarga sentencia del poeta florentino.

Estos pensamientos hieren nuestra mente al considerar, no sin hondo dolor, la desaparición de un hombre bueno, joven y fuerte, cuyas energías aun estaban intactas y en quien nada hacía presentir el fin. Pero la Muerte es traidora y ataca á los fuertes con preferencia, gozándose en aniquilarlos. Tal hizo con Belisario Arango. Lo asechó en la sombra, cautelosa, sin hacerse temer ni hacerse sentir. Y en hora de regocijo lo arrebató á los suyos, en un solo momento, convirtiendo la risa en llanto y marcando el rictus del dolor en los labios de la viuda antes desplegados ligeramente á la sonrisa en la última cariñosa despedida.

Fué un duelo corto y mudo. Belisario era todo un carácter y murió como había vivido, impasible y altivo, sin una queja, ni un sollozo, ni aun siquiera un desaliento. Y abroquelado en su estoicismo, se llevó todo su dolor y en pocos momentos dejó la vida, vencido pero no domado, y se fué muy lejos, al misterioso país de donde no se vuelve, adonde nos aguarda y adonde iremos á reunirnos con él más ó menos pronto.

Deja tras sí al marcharse amadas prendas que lo lloran sin consuelo, y un noble recuerdo que hará su memoria perdurable y que lo hará vivir nueva vida en el corazón de todos los que lo amaron y de todos los que supieron de su nobleza y de su bondad.

DESFILE DE CARNAVAL

PARA LUIS C. LÓPEZ

El invierno solloza. Una sonrisa hecha de tedio, una sonrisa rara, brilla en el Cielo opaco, cuya cara está como empolvada con ceniza.

El agua es un bamiz que vigoriza y al mirar el paisaje se pensara que Tierra y Cielo se disfrazan, para ir á jugar un Carnaval á Niza.

La golondrina, impávida, parece que bajo de un capote se guarece; da un ávido bostezo como de hambre,

y con trinos agudos y dichosos se traza los diamantes temblorosos que brillan en la comba de un alambre.

ARMANDO DE NIJA.

INTERPRETANDO UN CUADRO

En el vetusto silletón de cuero, mientras rezaba, en éxtasis sumido, el grave monge se quedó dormido, el rosario en la mano prisionero

¡Por qué este fralite cuyo rostro austero habla de penitencias que ha sufrido, parece que sonriera complacido acariciando un sueño placentero?

Junto á la celda donde el monge sueña, un jardín florecido nos enseña blancas magnolias que el altar consume;

tal vez alguna ráfaga dolorosa de ese jardín, le trajo cariñoso algún recuerdo envuelto entre el perfume.....

DEMETRIO FABREGA.

DESFILE DE CARNAVAL

PARA LUIS C. LÓPEZ.

La sombra viene puesto su antifaz. Abajo se escucha el sollozar de muchas noches tristes. Van arrastrándose los coches con una gravedad de escarabajo.

Pupilas entreabiertas con trabajo, los focos, estan llenos de reproches, y pasan brincoteando cual fantoches las figuras. El trueno canta en bajo.

Suena el grave caer de las goteras como una necedad en las aceras; y la noche, como si fuera una

maskarita borracha, desde el cielo, tras su negro antifaz de terciopelo abre un ojo sin brillo; y ríe la luna.

ARMANDO DE NIJA.

La Vendimiadora

(DE BANVILLE)

Tú, la de cabellos sedosos y largos,
que en ondas se extienden altivas y fieras,
igual que las olas que hay en tus riberas,
¡oh, fascinadora hija de Chalons!

Tu cabeza inclina, crespa y perfumante,
para que yo pueda ¡oh mi dulce a nada!,
por tu blondo pelo contemplar bañada
tu imagen riente cual un medallón.

¡Oh, hija graciosa de un clima divino!,
más blanca que un cisne tú naciste, niña,
y tus viejos padres en su vieja viña
mojaron tu labio con vino inmortal.

Así, cuando llega feraz primavera,
venciendo con hiecos la estación del hielo,
tu vaso espumante elevas al cielo
muy lejos del mundo mezquino y vulgar.

Por los azulados hilos de tus venas,
rica borgoñona de trenzas doradas,
la sangre de aquellas bacantes sagradas
circular en tu sangre con cálido hervor.

También te acompañan las idolatrías
de las amazonas de los cuentos mágicos,
que iban conduciendo los leopardos trágicos
con verdes guirnaldas tejidas de flor.

Tu abuelo fué acaso aquel dulce amante
de la canción ebria, ruidosa, salvaje,
que tras de su carro de tierno follaje,
llevaba en el Atica un rebaño fiel.

¡Sin duda por eso, danzante aturdida,
con tu linda mano osada y ardiente,
haces repicando y alocadamente,
que de la Comedia vibre el cascabel?.....

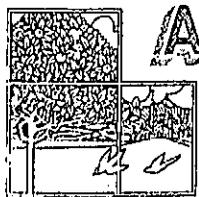
¡Oh, vendimiadora! Sonríes, sonrías.....
¡Embriáguenos presto la vid, que da vida;
bebamos, bebamos, mi bella querida;
caigamos rendidos de vino y de amor!.....

¡Ven! sobre las uvas tu cabello tiende.
Tus labios parecen racimos bermejós
y copian tus trenzas, de rojos reflejos,
al que los madura, rubicundo sol!

Manuel S. Pichardo



Piedras preciosas



ALLI estaba en la tienda de Bassot, rue de la Paix, deleitando los ojos con el brillo de las piedras aglomeradas sobre el vidrio del mostrador por las manos del aristocrático joyero.

Del gran Balzac cuentan que enamorado de los visos rosados de dos perlas gemelas, trabajó un año para adquirirlas; de Richelieu moribundo que hundía las flacas manos en el cofre rebosante de pedrerías y que al hacerlas brillar se le iluminaban sus apagados ojos. Sirvanme conmigo mismo de excusa tan ilustres ejemplos para disculpar mi pasión, superior a la de ellos por vosotros, misteriosos minerales más sólidos que el mármol, más duros que el metal, más durables que las humanas construcciones, más radiosos que la luz que reflejáis centuplicándola y colorándola con los matices de vuestra esencia ¡oh piedras rutilantes, espléndidas é invulnerables, vívidas gemas que dormisteis por siglos enteros en las entrañas del planeta, delicia de los ojos, símbolo y resumen de la riqueza humana!

Los diamantes se erizan y brillan como gotas de luz; semejan pedazos del cielo del trópico, en las noches consteladas, los oscuros zafiros. Tú, rubí, ardes como una cristalización de sangre. La esmeralda ostenta en sus cristales luminosos los verdes diáfanos de los bosques de mi tierra. Tenéis vosotros, topacios y amatistas que ornamentáis los gruesos anillos episcopales, coloraciones suaves del cielo en las mañanas de primavera. Son azulinas, sonrosadas y verde pálidas las llamas que arden entre tu leche luminosa, ópalo cambiante de áureo brillo como los ojos fosforescentes de los gatos; y quién dirá la delicia que procuraréis á quien os mira ¡oh perlas más discretas en vuestro brillo que las gemas radiantes, perlas que os formáis en el fondo glauco de los mares, perlas blancas de suavísimo oriente, perlas rosadas de Visapour y de Golconda, fantásticas perlas negras de Veraguas y de Chiriquí, perlas que adornáis las coronas de los reyes, que tembláis en los lóbulos de las orejas sonrosadas y pequenueñas y os posáis como un beso sobre la fresca curpa palpitante de los senos desnudos!

La humanidad de otros tiempos, más artística y más crédula, os revistió con el sagrado carácter de amuletos y mezcló á la sensual de-

licia que esparcen vuestras luces la veneración por vuestros mágicos poderes, diamante conjurador de las maldiciones y de los venenos, zafiro que preservas de los naufragios, esmeralda que suavizas las concepciones dolorosas, rubí que das la castidad, amatista que cortas la embriaguez, ópalo que te empalideces si la idolatrada nos olvida!

¡Oh piedras rutilantes, espléndidas é invulnerables, vívidas gemas que dormisteis por varios siglos en las entrañas del planeta, delicia de los ojos, símbolo y resumen de las riquezas humanas!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Las catástrofes



¿QUE viento de tempestad, que nube roja pasa por el mundo? Isías clamaba: «Vuestra tierra está destruída, vuestras ciudades puestas á fuego».....

Diríase que las terribles palabras del profeta fueron pronunciadas al pié del Vesubio ó delante de las olas que completaron en California la obra del terremoto y de las llamas. Vuestra tierra está destruída, vuestras ciudades puestas á fuego.....

Los pueblos de la Campania realizan el símbolo: gozan, sufren, aman junto al volcán; de noche bajo el resplandor de la lengua de fuego; de día bajo la columna espesa y negra que une la montaña con el cielo.

De tiempo en tiempo las miradas inquietas se fijan en el cono humeante ó resplandeciente;

el monstruo parece jadear; bajo los piés tiembla ligeramente la tierra; en todos los espíritus renacen viejos recuerdos; historias de catástrofes espantables; tres ciudades rientes, llenas de sol y de alegría, donde se recitan en los festines los amables versos de Horacio y donde se practica el ars sabia de Ovidio; copia feliz de la luminosa Hélade, refugio de reposo y de placer, y la lluvia espantosa que ennegrece el cielo, que viste las cosas con el manto oscuro y lúgubre, que lo nivela todo, que lo sepulta, que lo hace desaparecer, que lo borra de la memoria de los hombres..... Las miradas inquietas se fijan en el cono humeante ó resplandeciente..... el volcán se fatiga con sus amenazas seculares y lleva hasta su boca el fuego de sus entrañas. Después, tranquilo, se duerme de nuevo. Y el pueblo vuelve á sus placeres, á sus trabajos, á sus luchas interiores; goza, sufre, vive al alcance del monstruo y á merced del monstruo.

Un día palidece de terror; la tierra se ha estremecido; ruidos sordos como truenos lejanos han anunciado el despertar del volcán; la lengua de fuego se ha convertido en una hoguera inmensa; por los flancos de la montaña desciende un río espeso y negro; el mar huye y se hace la noche.....

Entonces se oye entre las tinieblas la carrera loca de los fugitivos que buscan su salvación fuera de las pobres ciudades malditas; las exclamaciones de espanto que salen de todas las bocas, los llamamientos desesperados, las imprecaciones, las plegarias, y por encima de todo, el formidable rugir del volcán y el trueno perpétuo en el corazón de la tierra. La lava se ha abierto paso por entre las rocas y los campos; ha abrasado y deshecho todo lo que encontró en su camino, ha hecho crugir los árboles como huesos humanos y los ha calcinado; ha penetrado en las aldeas y en las ciudades y ha tenido en ellas una red hirviente; las torres se han desplomado, las cúpulas se han abierto, los muros se han precipitado en el espantoso río. La lluvia de ceniza cubrirá más tarde toda esa desolación,

El monstruo torna después á su sueño de siglos; el viejo mar azul á su monólogo eterno junto á las costas más bellas del mundo; un cielo luminoso sonrís otra vez sobre la risueña Partenope, y el pueblo volverá á gozar, á amar, á sufrir—símbolo eterno—al lado del volcán.

«Despertad y cantad, moradores del polvo», dijo también Isaías.

* *

Suprimid del cuadro á la montaña terrible; pero dejadle la tierra levantándose en olas como un mar agitado; añadidle el fuego que nace en todas partes y en todas partes encuentra alimento; añadidle el océano que se retira gruñendo sordamente y dejando en descubierto sus abismos en una extensión mayor que la que alcanza la mirada, para volver después y precipitarse con ímpetu formidable sobre las poblaciones ribereñas. Esta alianza de la tierra, del agua y del fuego tiene una grandeza incomparable y sombría; una grandeza bíblica.

Pero ni Moisés ni los profetas ni Juan de Patmos concibieron siquiera toda la inmensidad de una catástrofe en una ciudad moderna. No imaginaron una ciudad en que las torres de Babel se reprodujeran mil veces; en que los hombres cruzaran los aires y marcharan bajo la tierra; en que se almacenara el rayo y se le condujera por hilos misteriosos sobre las cabezas, bajo los pies, entre los muros, al alcance de la mano, y se le obligara á mover las máquinas, á transmitir el signo y el sonido y á esclarecer la noche; una ciudad á la que llegaran los hombres de todos los climas y fraternizaran todas las religiones y se mezclaran todas las lenguas; á la que fueran los mercaderes de los cuatro extremos de la tierra á cambiar sus objetos preciosos, en una variedad que Salomón y Sardanapalo no vieron jamás; una ciudad que empañara el cielo con el humo de sus chimeneas y atronara el espacio con el silbido penetrante de sus largas gargantas de hierro. Y sobre el mar cercano, el mar eterno, el mismo mar que bañó la Taprobana fabulosa y la India fantástica y la Arabia de los pastores y de los beduinos y el Egipto deslumbrador á los ojos de Abraham; que se separó para dar paso á los fugitivos de Moisés y se unió para devorar á los caballos de Faraón; sobre el mar cercano, turbio, gruñente, las enormes máquinas de acero que marchan por impulso desconocido lanzan-

do rugidos roncós y profundos, dejando en el agua una franja de plata y en el aire una franja de sombra.

Sobre una ciudad así no ha caído ninguna maldición divina; ningún ángel se ha detenido en figura de hermoso mancebo á la puerta de la morada del justo para invitarlo á huir en nombre de Dios; ninguna nube preñada de fuego, se ha abierto en el espacio. Ha sido la tierra, la madre tierra, la naturaleza ciega, brutal y misteriosa que ha temblado un instante nada más. Y bajo ese temblor la obra de los hombres, que parece obra de cíclopes y de titanes, se ha derrumbado como un castillo de naipes levantado por un niño.

La tierra latió como un seno de mujer, y los edificios gigantescos de esqueleto de hierro, los altos muros de piedra, las torres, las columnas, las estatuas, se precipitaron al suelo, como los fieles que creyendo ver un signo de dios, caen de rodillas, abren los brazos y golpean con la frente el polvo.

Todo el estrépito de la tempestad y del mar no igualaría el fragor espantoso de ese desplomarse simultáneo de las inmensas construcciones, que parecían la última expresión de la fuerza humana. Y la ruina no es más que el principio de la destrucción. Por entre esos escombros serpentean las largas cañerías que conducen los gases ignipotentes; bajo las piedras laten aún y jadean las máquinas que producen y guardan el fuego; aquí y allá, cuidadosamente aislados, hay enormes depósitos de substancias terribles que obran como los elementos mismos, con más violencia aún, como mil rayos juntos.

¿De dónde brota la primera chispa? ¿Cuál es el primer alimento de las llamas? Debajo de un montón informe brilla una pequeña lengua azul y roja; lame dulcemente los escombros y los ennegrece; después devora todo lo que encuentra cerca; crece y se divide como un gran pulpo, lleva sus tentáculos en todas direcciones y se anuncia por una humareda espesa; de pronto se oye el ruido sordo de un derrumbe, y una gran llamarada sube victoriosamente al espacio, coronando como haces luminosos el teatro de la desolación. La hoguera se extiende con rapidez, en breves horas un cuartel entero de la gran ciudad se convierte en una inmensa ruina; se oye por todas partes el trueno de la dinamita y de la pólvora que estallan, haciendo volar por el espacio los escombros en

menudos fragmentos y se vé la llama del alcohol, un océano de fuego blanco, precipitándose sobre el hacinamiento de ruinas. Entre tanto el mar que ha juntado sus aguas á lo lejos, empuja sobre las riberas su serie de montañas que avanza con un largo rugido. . . . Y el clamor humano, y las cañerías que suecan como agitadas por una mano oculta, al desplomarse las torres(1)

* *

Pero los hombres que han presenciado ese terrible espectáculo tenían el sol, la luz, el aire; cuando levantaban los ojos miraban el firmamento. Los otros, los perseguidos por el fuego y por los desprendimientos de las rocas, en el corazón de la mina, estaban sepultados en vida; los rodeaba la noche; sus gemidos no eran oídos por nadie; tenían toda la costra del planeta sobre su cabeza; sus pulmones respiraban penosamente; sus ojos se dilataban en la oscuridad y su desesperación solitaria era más espantosa que la muerte.

La catástrofe de Courrières es superior en horrores á la de Nápoles y á la de California. Sólo puede ser comparada con una visión dantesca.

RICARDO JAIMES FREYRE.

(1) Cuán lejos estaba el buen compañero, al escribir este artículo, de imaginar que la obra destructora de la Naturaleza haría sentir sus efectos en el sur del continente; que toda una bella y civilizada tierra sufriría grandes estragos; que Valparaíso y Santiago de Chile quedarían en ruinas y también la antigua y noble ciudad de Tucumán en donde él escribió sus hermosas líneas. Ahora sí es de exclamar con él en un arranque de sorpresa dolorosa: "¿Qué viento de tempestad, qué nube roja pasa por el mundo?" Y al sentir por los damnificados, temer por nosotros, pues todo hace suponer que seguirán los violentos desórdenes sísmicos y que hondas convulsiones han de conmover el continente. Tal vez llamados á desaparecer, solo quedará de nosotros, después de los siglos, un recuerdo tan vago como el de aquella Atlántida que convulsiones semejantes conmovieron y que el insondable mar guardó en sus abismos. Sería entonces esta la ocasión de repetir, imitando al filósofo galileo: Oh! pueblos de América, no lloréis por vuestros hermanos heridos, temed por vosotros, pues la cólera divina os amenaza y no ha de quedar de vuestras ciudades ni piedra sobre piedra.

En un album

Tu ardiente alma solitaria
como una esencia ideal
halló en tu forma carnal
femenil urna estatuaría.

Tu rostro de joven diosa
una linda estrofa alegre,
tus ojos con rima negra,
tus labios con rima rosa.

Mas, con el alba naciente
que en tu tierna frente está,
eres, Angélica, la
Bella del Bosque durmiente.

Aún no ha entreabierto la flor
su tesoro de carmín,
en el divino jardín
del palacio del Amor.

Que llegue el príncipe Azul,
te dé el beso del encanto,
ponga en tus hombros el manto
y te lleve á su Stambul.

Saluda, niña gentil,
á Brocelianda mi amiga
cuando en el aire dé abril
rijas la alada cuadríga
de tu carro de marfil.

RUBÉN DARÍO.

NOTAS

Grabados

Causas ajenas de un todo á nuestro mejor deseo, nos obligan á presentar sin grabados el presente número. Y con motivo de esta falta, omitimos la publicación de un artículo acerca del finado doctor Joaquín E. Vélez, honra de Colombia, debido á la pluma maestra de nuestro querido y respetado amigo doctor Pablo Arosemena, el primero, en nuestro sentir, entre los hombres públicos del Istmo. Dicho artículo aparecerá en el número próximo junto con un grabado del doctor Vélez, y desde ahora recomendamos su lectura á nuestros favorecedores.

R. I. P.

El 21 de Mayo último dejó de existir en la ciudad de México el erudito gramático y escritor notable, doctor Angel Rafael de la Peña, á una edad avanzada, rodeado de merecimientos y de cariño.

Ocupó el doctor de la Peña en vida distinguidos puestos públicos y era Secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española.

Descanse en paz el erudito maestro.

Angel María Aguilar

Este es el nombre de un joven darienita, de dieciocho años de edad, que demuestra aptitudes excepcionales para el estudio de la pintura, según hemos podido apreciar viendo trabajos suyos dignos de nota, ejecutados sin el auxilio de persona alguna, pues lo que sabe lo ha aprendido sólo.

Sería de desearse que la Asamblea Nacional concediera á este inteligente compatriota los auxilios necesarios para que marchara á perfeccionar sus conocimientos, en la seguridad de que

el dinero gastado en él redundaría en honra y provecho del país.

Nos permitimos recomendar el joven Aguilar á aquellos de nuestros amigos que van á ocupar un puesto en la próxima Asamblea.

Ligera indicación

Se nos dice que las personas que han de formar el nuevo Concejo Municipal del Distrito efectuarán, al tomar posesión de sus puestos, un cambio casi completo en el personal de empleados municipales.

Si esto es así, sería de desearse que al designar la persona que ha de ocupar el puesto de bibliotecario, recayese la designación en individuo de ciertas aptitudes y gustos y no en alguno indolente ó aun analfabeto.

Los bibliotecarios en todas partes son generalmente literatos ó hombres de ciencia. En la biblioteca de Milán estaba César Cantú, de Musset en la de la Universidad de París. Heredia en la del Arsenal, de París también; Caro en la Biblioteca Nacional de Bogotá; Palma está aún en la de Lima; Llona en la de Guayaquil y así sucesivamente.

Es desde luego indudable que si se aumentara el sueldo del bibliotecario y se nombrara para desempeñar el puesto á persona como Demetrio Pábraga, Ricardo Miró ó Alejandro Dutary que frecuentan el trato de los libros, y si se trasladara la biblioteca á un piso bajo, de fácil acceso, á la vista de los transeúntes, como lo dispone un acuerdo del actual Concejo, no cumplido, estaría mejor servida y más frecuentada.

Ojalá piensen en esto los nuevos concejales; ojalá recuerden que una buena biblioteca es señal de cultura, y ojalá también tengan en cuenta que según una regla elemental de buen gobierno no hay que buscar puestos para los hombres sino hombres para los puestos.